

nos tribales diversos, de unos cuatro por tres metros yo, y por otra más pequeña mi acompañante, en tono verde muy claro, también de lana y con motivos y símbolos en seda parecidos, sino que un poco más espaciados. Preguntado el precio, y no habiendo efectivo con que cubrirlo en su totalidad, fue de poca sorpresa y admiración nuestra el interés del propietario en conocer si se hallaba entre nuestras pertenencias alguna tarjeta Visa, con a cual no tendría él inconveniente, antes bien, según dijo, en solventar la parte del negocio que restaba, sacando luego de debajo de un cojín que le servía de apoyo al brazo una de aquellas rudimentarias máquinas con que se grababan los datos de las tarjetas, antes de que la tecnología eléctrica las desplazara. Uno tras otro se sucedieron los vaivenes del mecanismo por sobre las dos facturas, una vez firmadas las cuales nos descolgamos del siglo XV hasta el XX en un instante, no bien el tuareg, concluida la operación, tiró de túnica, y aun del turbante por molestarle en su retirada, dejando ver a nuestros desencantados ojos la negra chupa de cuero que debajo de ella llevaba, y los vaqueros en cuyo bolsillo trasero guardó la parte en efectivo recibida y el resguardo de la de a crédito, volviendo luego a llenar nuestros vasos y el suyo del típico y siempre gustoso té, para posteriormente, ya recostado sobre el dorado cojín y la antigua alfombra, ponerse a recabar precisa información sobre quiénes éramos, de dónde veníamos, adónde íbamos, cuál era nuestro oficio y si de él sacábamos y cuánto beneficio. No teniendo por costumbre el declarar tanta cuenta, declaramos lo justo y preciso para no faltar al punto debido en la cortesía y, cargando los estupendos tapices sobre el resto del equipaje que ya estaba en el colín, partimos de la choza, ya casi de noche, con intención de llegar hasta Erfoud para allí descansar de tanto acontecimiento. Y pareciera fácil la empresa, y poco inconveniente el de quedar tan sólo tres o cuatro litros de gasolina en el tanque, habiendo como había unos cuarenta kilómetros a recorrer, si éstos lo hubieran sido de la pista más o menos recta indicada, y no de aquella otra por la que al poco



Detalle del albergue de Derkaoua

de salir nos desviamos y perdimos luego, hallando otra que no era la primera sino parecida, como todas las demás que asimismo ensayamos, con tan poca fortuna, que nos cayó noche encima, y más, que sin luna lo hizo; de tal manera que, ya un poco a la desesperada, optamos por enfilar en dirección a las luces de algún lugar civilizado que, sin saber cuál era, se destacaba no obstante allá en el horizonte, un poco a mano izquierda, según íbamos. Quien pretenda una localización precisa del lugar de estos hechos quedará sin duda en el intento, de igual modo que nosotros quedamos en el de averiguarlo haciendo uso de las indicaciones que apenas recordábamos de nuestros maestros de escuela, cuando ellos nos instruían con la mejor voluntad sobre el posicionamiento de los cuerpos celestes en el firmamento -por Dios creado-, así como sobre el movimiento y orientación de las constelaciones del hemisferio Norte, mientras nosotros aprovechábamos la ocasión para cambiarnos las pelis o los tacos.

Hacia las luces íbamos, pues, cuando se presentaron en la pista los primeros arenales, bien es verdad que poco extensos ni profundos, pero lo bastante para que, desoyendo yo los consejos del copiloto, al igual que aquéllos de los maestros, ralentizara la marcha en lugar de acelerar, con el consiguiente resultado de venirse abajo, y de lado además, todo el conjunto. Siendo la XT una máquina especialmente agradeci-

da en las caídas, no rompió nada, ni las botas de cross permitieron el daño que de seguro en tibias o peronés sin ellas hubiésemos lamentado; de modo, que nos recompusimos, volvimos a arrancar, y continuamos camino hasta el siguiente arenal, donde, por haber sucedido otro tanto de lo mismo, huelga ya el repetirlo, siendo ello de inútil exceso y

“...aunque la Polar siempre indica el Norte, la ruta para alcanzarlo no es todo lo llana que nos gustaría, ni se halla exenta a menudo de incómodos obstáculos...”

mayor falta en la información relevante, sobre todo lo cual puede ponerse al cabo quienquiera, no más echando una ojeada a los periódicos.

De nuevo recompuestos, dando grupa a los arenales y siguiendo la luz que nos guiaba, no llegamos nosotros a lugar y tiempo en que ver maravilla alguna que no fuese la de un al parecer extenso palmeral donde la pista dejó de encaminarnos, antes de lo cual hubimos de atravesar varios barrancos pedregosos y otros derrumbes que desde la distancia y con la

oscuridad no se advertían, por parecer el camino plano y expedito allí donde en realidad se encontraba harto de desniveles a cual más pronunciado, así como de innumerables surcos transversales tan hondo grabados en tierra y piedra que forzaban a cambiar la dirección de continuo. Llegados, decía, al palmeral, y poco dispuestos como estuvimos a rodear el bosque que resultó ser plantación, debido a las exigencias nutricionales de la Yamaha que, aun siendo cortas, no lo son tanto que pueda uno olvidarlas por completo sin perjuicio de mayor envergadura, votamos el continuar por entre las datileras, y más nos valiera el estar del mismo lado, no habiendo tercero para decidir en caso de un empate, y siendo además la XT de condición tal, que con ser de noble origen y haber llegado en navío desde los balcones del Oriente, se deja llevar y traer de ordinario un poco allí donde mejor le digan, sin poner más pero que el del sustento y algún ocasional engrase.

Fuimos, pues, por entre las datileras que, bien mantenidas como lo estaban, tenía cada una en el centro de un cuadrado de varios metros de lado que la rodeaba por completo, y que estaba separado del colindante por una elevación de tierra de casi medio metro, muy apropiada para la retención del agua de riego, pero menos para la comodidad de paso de la moto con sus ocupantes, bultos y alfombras. Uno tras otro, y sin embargo de todo ello, los obstáculos fueron salvándose

por un tiempo que pareció desesperante, y gracias que no supimos entonces que el palmeral en cuestión era el de Rissani, es a saber, el más grande de Marruecos, más extenso incluso que la célebre Palmeraie de Marrakech, cuya fama escrita a través de los siglos ha discurrido desde la rústica hechura en pellejo de gacela hasta la más primorosa ahora del papel couché, con toda clase de mejoras añadidas en color, forma y estilo.

Y ya comenzaba a clarear cuando nos topamos con una acequia que corría paralela a una pista, por la cual llegamos hasta una pequeña casa pintada de blanco, a la que llegaba un cable del tendido eléctrico; mas, no pareciéndonos delicado el aporrear la puerta tan de mañana, nos arriesgamos a seguir pista y acequia fiando en la poca gasolina restante y en la encomienda al Altísimo, quien sin duda intercedió para nuestra feliz llegada hasta el pueblo, donde tomamos asiento en un cafetín en trance de desperezarse y en el que un lugareño se ofreció a traernos una botella con litro y medio de súper con la que, tras del preceptivo té, pudimos continuar después camino hasta un surtidor de mayor capacidad, donde cargamos el completo para seguir del tirón por carretera hasta Erfoud, según previsto, si bien casi con un día de retraso.

Ya descansados, y reflexionando sobre los percances y contratiempos sufridos, fueron de anotar, para mejor ocasión, las siguientes conclusiones: que, a falta de efectivo, buena es la tarjeta de crédito, si la hubiere; que, acercándose a terreno arenoso, conviene acelerar, con o sin miedo, antes que reducir velocidad y posibilidades de éxito en la travesía; que, aunque la Polar siempre indica el Norte, la ruta para alcanzarlo no es todo lo llana que nos gustaría, ni se halla exenta a menudo de incómodos obstáculos; que a los maestros hay que seguirles en sus explicaciones, antes que derivar la atención hacia otras de menor provecho; que no es prudente entrarse en sembrados ajenos, aunque por esta vez libramos de los palos; y que, finalmente, no conviene abusar de la paciencia de quien nos escucha, y, si hubo abuso, pídase perdón, y haya paz y después gloria.

Cervecería
Casa Marta
Gran variedad de tapas
y raciones
c/Justo Sancho Miñano, 4